

Ecos de un centenario

San Juan de Sahagún: Apóstol de la paz

(1479-1979)

POR
JUAN MANUEL CUENCA COLOMA OSA.

A poco de morir en Salamanca quien fuera su ángel tutelar y pacificador sacrificado, el memorial en pergamino de sus reliquias sepulcrales rezaba escueto y enfervorizado: «SEPAN CUÁNTOS ESTA CARTELA VIEREN QUE EL P. Fr. JUAN DE SAHAGÚN FALLECIÓ A 11 DE JUNIO, DÍA DE SAN BERNABÉ. TOMÓ EL HÁBITO, AÑO DE 1463. HIZO SU PROFESIÓN, AÑO DE 1464, DÍA DE NUESTRO PADRE SAN AGUSTÍN, NACIÓ ESTE PADRE GLORIOSO, AÑO DE 1430. MURIÓ DÍA DE SAN BERNABÉ, AÑO 1479».

Así encuadramos, con donaire, aquella biografía —la más crítica, sencilla y elocuente de san Juan de Sahagún— en las cuatro fechas que hacen marco a los cuarenta y nueve años de existencia entre los hombres, de quien a los hombres supo amar con carismas de evangelio, porque supo amar a Dios. Y es que, en todo y siempre, se sintió Juan de Sahagún como regalo y don de Dios para los hombres, desde el día en que sus padres —ansiando descendencia a la prosapia de su sangre y de su fe— de la Virgen del Puente lo alcanzaron, tras larga espera y gran caudal de oración y sacrificio.

Dijéronse sus padres don Juan González Castrillo y doña Sancha Martínez. Era aquél oriundo de Sant Fagunt, y de Cea lo era doña Sancha. Aunque en Sahagún habían radicado entrambos sus amores —a un costado de la parroquial de la Santísima Trinidad—, habitando un caserón con humos de palacio, amplia fachada y heráldico blasón, acota el P. Úrbel en página de emocionada historia y de piedad ajedrezada. Y en aquel bendito caserón —convertido hoy en iglesia, de lineamientos barrocos y dedicada al Santo— nació Juan de Sahagún el 24 de junio de 1430, cuando su padre —fijodalgo por los cuatrocostados y soldado en las huestes de Juan II de Castilla— comandaba frentes de avanzada, que de honor se cubrirían contra el moro en la batalla de la Higuera.

Con seis hijos más bendijo Dios la esperada descendencia de Juan González de Castrillo y doña Sancha. De cuya estirpe enraizaron los señores de la Llama, en Sahagún —hasta no hace mucho—, así como los Peñalosa de Villalcón, contándose entre ellos aquel monje benedictino, Hernando de Castrillo, quien fuera Prior de Villanueva de San Mancio, Abad de San Andrés de Espinareda y Obispo electo de Granada, al igual que aquel otro, Martín de Castrillo, cortesano y áulico en el imperio de los Reyes Católicos. Pero a todos prestó quilates de piedad acrisolada y timbres de la más noble hidalguía el primogénito, quien —desde niño ya— dio a entender lo que llegaría a ser predicando caridades y concordias a rencillas y distanciamientos pueriles, desde un poco sublimado, ya un poco mayor, estudió latín, retórica, filosofía y cánones en las aulas monacales de la celebrada Abadía de Sahagún, bajo el regimiento de don Pedro del Burgo; y , a los quince años, recibía ya las rentas de la rectoría de Codornillos, a una legua de Sahagún y provisión del Abadengo. Más, las exigencias de su espíritu justiciero pronto le hicieron renunciar a un beneficio que él usufructuaba, mientras era servido por otro clérigo. Sin que fueran capaces de aquietar las inquietudes de su alma, al efecto, ni los argumentos de su padre, ni los consejos y epiqueyas del Abad y de sus monjes. Por lo que —un buen día— abrió luz a sus torturas la proposición de su tío Juan Alfonso, quien le convenció para hacerse, como paje, en la casa del Obispo de Burgos, el entrañable amigo.

Era a la sazón Prelado en la ciudad, que hizo a Castilla, don Alonso de Cartagena, rabbí antaño de la sinagoga española y Príncipe ahora de la Iglesia, «persona tan reverenda e de tanta auctoridad —según relato de Fernando del Pulgar— que en su presencia todos se honestaban, e tan acostumbrado en los actos de virtud, que se deleitaba en ellos». Bajo su ejemplo y magisterio —aunque mucho más escuchándole al Señor— Juan de Sahagún tanto se fue aupando a ganancias más y más de lo divino, que don Alonso no dudó en ordenarle sacerdote, otorgándole —con su amistad y confianza— el nombramiento de su Capellán particular, el título de Camarero mayor de su palacio y la canonía más preciada de su iglesia catedral. Beneficios, a los que también —un día— renunció Juan de Sahagún en las manos de su Obispo, porque eran otros los caminos del Señor sobre su vida, según expuso al Prelado, humilde y convincentemente, en uno de esos coloquios entre santos, que es comunicación y apertura del espíritu, que es libertad y transparencia al corazón, que al alma llena de sonoridad y prende cautiverios. Y apenas don Alonso pudo conseguir que las veinticuatro primaveras de su Capellán sembrasen labrantíos de predicación y ejemplo en la iglesia de Santa Gadea, por no verse privado totalmente de la presencia bienhechora de aquel joven sacerdote, muy admirado y admirable sagunés.

Dos años —a lo más— estuvo regentando en Burgos Juan de Sahagún la histórica iglesia de Santa Gadea, la de las compurgaciones castellanas del Cid a Alfonso VI, por la muerte de su hermano, el rey don Sancho. Ligábale en aquella regencia un cierto compromiso con don Alonso de Cartagena, al tiempo que —con dedicación y entrega— allí se preparaba en lo que había de ser quintaesencia de su vida apostólica: La predicación en la salvación de los hombres. Y sus ratos de ocio santo ocupábalos Juan de Sahagún en empaparse más y más de aquella Suma Bartolina, que «en mayo de 1456 compré a los frayles de San Pablo, del monasterio de Burgos, pagando al librero monacal, Fr. Pedro, cinco mil maravedís por ella», nos dice el propio Santo en uno de los pocos apuntes que de él se pudieron conservar. Pero, poco después, al morir el insigne Obispo burgalés —en 22 de julio de ese mismo año, 1456— sintióse Juan de Sahagún libre de la palabra y compromiso dados al Prelado, y enrumbo los senderos de Sa-

lamanca, ansioso de saber más y conocer mejor al Cristo, que tan entrañado llevaba en el reducto más glorioso de su corazón. Para ello, se matriculó en la Universidad en 1457, de la que saldría con el grado académico de Bachiller en Sagrados Cánones y Teología, mientras entreveraba sus quehaceres estudiosos con las obligaciones de predicador, que muy pronto le llevaron a ser predicador y capellán del renombrado Colegio Mayor de San Bartolomé, «en la época en que aquel establecimiento —nos dice don Vicente de La Fuente— era el emporio del saber y de la virtud en Castilla la Vieja».

Felices y orgullosos se sentían de su Capellán y hermano los alumnos del Colegio de San Bartolomé y contento se encontraba en él Juan de Sahagún, cuando a Salamanca se extendieron aquellas banderías nobiliarias, que ensagrentando venían a Castilla: «Tantas guerras en todo el reino —subraya al respecto y muy lacónicamente Fernando del Pulgar— que ninguno pudo dezir ser exhimido de los males que dellas se siguieron». Y fue entonces cuando el santo Predicador sacrificó la paz de su descanso para hacer en paz los furores y venganzas de las familias rivales salmantinas, trasladando el púlpito de la caridad de Cristo a calles y plazas públicas, que gemían los estertores de las armas. La ciudad de Salamanca le extendió los pergaminos de su PREDICADOR; y, obrada un tanto la calma entre los bandos a expensas de mil fatigas y un sin fin de sinsabores, la salud de Juan de Sahagún sintió resquebrajarse hasta las dolencias de la muerte, mientras su espíritu venía escrupulizando las torturas de ser o no ser digno de amor o de odio en la balanza de la justicia de Dios. Lo que —en un momento de tregua en el íntimo combate— le llevó a hacer a Dios el voto de profesar pobreza, obediencia y castidad religiosa, para hacerse más digno de llegar a su presencia en gracia y paz.

Tras las angustias y dolores de una delicada operación quirúrgica, recobró Juan de Sahagún la salud apetecida; y con el don de la vida ya en sus manos, un buen día de 1463 aldabeaba los portones del Convento de San Agustín de Salamanca —faro entonces de ciencia y de virtud en los fervores de la reforma agustiniana—, donde el 18 de junio de aquel mismo año vestía la librea monacal, según otra escueta y delicada nota del propio Santo en su querida Suma Bartolina. Un año más tarde —a 28 de agosto de 1464, fiesta de San Agustín— profesaba como AGUSTINO «el Bachiller Fr. Juan de San Facundo en Salamanca». Así reza el acta que el P. Cámara nos transcribe en el apéndice de la vida que primores tejiera al Santó. Y, desde entonces, hasta el día de su muerte, transcurrieron aquellos quince años de una existencia, totalmente entregada a Dios y al prójimo por amor de Dios. Existencia caritativa, en la que Fr. Juan de Sahagún tanto conoció del bien y de la alegría en el servicio a la causa de la salvación, a pesar de que las penas arreciaban y las persecuciones ponían trabas al andar de sus amores; una vida, que tanto supo del don de las gentes y en la que todos se beneficiaban de su discreción y de su trato; una vida, que se recreaba —bebiendo sin escancios en las fuentes transformantes de la Eucaristía y del amor— y que de allí sacaba fuerzas e iluminaciones para ir predicando sin hartazgos que Dios es caridad; una existencia —en fin— que supo hacer almoneda de su infatigable quehacer por los caminos del servicio y del milagro, para sembrar paz entre los hombres y autenticar —de maravilla— el apotegma agustiniano de que estamos hechos para Dios, y que nuestro corazón estará inquieto y en zozobras hasta descansar en Dios.

Tan es así que, a poco de su profesión religiosa, nuevamente restallaban en discordia los bandos de Salamanca, por la alevosa muerte de dos jóvenes hermanos de la connotada familia Monroy, asesinados en los martiriales sin honor de los hermanos Manzano. Muerte que fuera cruelmente vengada y sin piedad por doña María la Brava —Madre de los Monroy—, cuyos hechos pasaron a los anales de la Historia en páginas

de rencor, en dramas de emoción, en leyendas de heroísmo y en altorrelieves de cantares épicos. Gestas enconadas, en las que hubo de tomar parte el propio rey de Castilla, Enrique IV, según provisión real, fechada en Madrid a 28 de marzo de 1465.

Nuevamente en aquella encrucijada martirial, Juan de Sahagún fue el ángel de la paz, el maestro del amor, el padre de la misericordia y el consuelo de mil desgracias, que enlutaron la ciudad. Pues, mientras crujía la borrasca de aquellos diez o doce años de contienda ensangrentada, de los labios de Fr. Juan ininterrumpidamente fluyeron los ríos y pregones del perdón y la concordia, al tiempo que de sus manos se le iban incontables los prodigios, rubricando —con la gracia de sus mieles— la santidad de su vida.

Que, en el asedio de la rendición ante el dolor ajeno, si una madre le pide protección para el chiquillín, que del regazo a un pozo sin nivel se le cayera, la correa agustiniana de Fr. Juan se hace crecida a ras del agua y ancla de asimientos para el niño, que el pozo devuelve sano y salvo: milagro perennizado todavía en el recuerdo emocionado de una calle salmantina. Si, otro día, los ayes del dolor de un herido a muerte suplican a Fr. Juan piedad a sus torturas, la unción y la palabra de aquel nuevo buen Samaritano no sólo fue a las llagas cicatriz, sino aupamiento a nueva vida en el joven pendenciero. Y, si una vez, un toro bravo en libertad hostil sembrando iba en Salamanca pánicos, huídas y gritos lastimeros, el simple TENTE, NECIO y la caricia de Fr. Juan fue arpón de mansedumbre a los furoros de la fiera, como otra calle de la ciudad atribulada aún nos lo pregona.

Un día —nos transcribe la emoción y el buen decir del P. Úrbel— entra en su casa de Sahagún el P. Juan y oye lamentos y plegarias en una de sus salas. Allí yace una sobrina —en la flor de sus siete primaveras— entre cuatro cirios amarillos, cubierta la cabeza de rosas, inmóvil y pálida como la cera. Y el taumaturgo, que sonreía ante el prodigio cuando podía dar a las gentes alguna de sus sorpresas, pasa —sin que nadie lo note— al cuarto de la difunta. Toma su mano yerta y dice: «Vamos, perezosilla, que tu madre te aguarda». Y, llevando a la niña, se dirige sonriente a los que lloran. Todos se llenan de estupor y se santiguan, pensando en una aparición; pero el hombre de Dios les tranquiliza, exclamando: «¡Vamos, vamos! ¿Por qué vos matais? ¿Porque una muchacha se desmaye, pensais que ya es muerta?». Otro día son los jinetes de don García de Toledo —Duque de Alba— quienes sienten cómo sus corceles cabrillean, tiemblan y quedan como petrificados, cuando aquéllos caminaban sus andares para escarmentar en el Santo las iras de su señor, por haber Juan de Sahagún reprendido sus desmanes y atropellos, sin temer sus amenazas. Y, en otra ocasión, son las lágrimas de una doncella traicionada, las que le arrancan a Fr. Juan la misericordia de un avemaría, la que al punto hace volver a la vera del amor mancillado los caprichos del galán arrepenido.

En fin, tantos y tan clamorosos eran los prodigios con que Fr. Juan melificando venía los herimientos de la encontrada y dividida Salamanca, que el Prior del Convento le prohibió hacer otro alguno, sin previa autorización y en aras del claustral sosiego. Pero, una tarde, en que pasaba el Santo su humildad sacrificada a la verita de una casa en construcción, uno de los peones albañiles resbaló del andamiaje y al suelo se venía, llegando apenas a exclamar, pidiendo auxilio: «¡VALAME, FRAY JUAN!». Mirando hacia arriba, Juan de Sahagún le hizo una seña con la mano, mientras le decía: «Espera un poco, hijo, que menester he de permiso del Prior». Y en tanto que corría el Santo Agustino a recabar consentimientos de su prior, crecióronle al aire manos y a la espera

plumas, que en suspenso al albañil tuvieron, hasta que volvió Fr. Juan con el permiso concedido, rubricando con las glorias de un nuevo milagro aquella gran hazaña.

De las fuentes de su Misa diaria, en la que —bajo las especies del pan— veía a Cristo «más resplandeciente que el sol, mostrándole sus llagas, esplendorosas más que las estrellas más fulgentes» —como la Bula de su Canonización apunta— sacaba Juan de Sahagún la vida, que era flor inmarcesible de su vida; y de su devoción indesmayada a la Virgen del Consuelo, sacando fue la gracia de la consolación, la consolación de sus consejos y el consejo de su predicación continuada, bañada siempre de una unción cautivadora y de un gracejo y amenidad tal, que era voz común en Salamanca la invitación de «vamos a oír al fraile gracioso» o «vamos a escuchar las amenidades de Fray Juan». Pero, burla burlando —nos transcribe el P. Úrbel— Fray Juan hacía siempre llorar. Unos lloraban de arrepentimiento, otros de coraje. Y es que era aquella palabra una palabra libre, audaz y desnuda, que alborotaba en las mancebías estudiantiles, condenaba las tiranías de los señores y se levantaba —con valentía y sin temor— contra los odios que ensangrentaban las ciudades... En cierta ocasión —justamente reprendiendo tiranías en el Duque de Alba— aseveró que al predicador convenía siempre decir la verdad, hasta morir por ella, si preciso fuera, porque solamente la verdad es gracia y libertad. Y por ella murió Fray Juan de Sahagún. Una mujer, abandonada por su amante —a persuasión del Santo— le dijo un día, haciendo una cruz con los dedos: «Así, Fray Juan, yo haré que no acabeis el año». Poco después, moría agotado y consumido. Creyóse que había sido víctima de un veneno.

Érase el 11 de junio de 1479. Apenas cuatro meses después de la batalla de Albuera, donde rindieron sus postreros baluartes los últimos frentes que luchaban la causa de la Beltraneja a la corona de Castilla, apoyada por Alfonso V de Portugal, y a tan sólo tres del Tratado de Trujillo, por el que el monarca portugués renunciaba a sus títulos sobre Castilla y a casarse con la desdichada Bertraneja, la que debería entrar en un convento o casarse con el príncipe don Juan, hijo ya de los reyes de Castilla. Doña Juana prefirió la primera solución —nos sintetiza el historiador Pérez Bustamante—, retirándose al convento de Clarisas de Coimbra. De ese modo quedaban sin entorpecimientos ya los caminos de Castilla para la gran unión de España, en manos de Isabel y de Fernando.

Entretanto y sobre el sepulcro que guardaba las reliquias veneradas de Juan de Sahagún, el cincel del recuerdo agradecido y del cariño emocionado así condensó su entrañamiento para con el eximio Pacificador de la ciudad:

AQUÍ YACE AQUÉL POR QUIEN SALAMANCA NO YACE.